

el ser portadores de una esperanza inmortal) que inspiran ya nuestros pasos en la tierra dándonos luz y confianza, pero que además hacen que vivamos no encerrados en los límites de la vida temporal, sino en la perspectiva de una vida total, teniendo en el horizonte la resurrección y la vida eterna. Y como derivación provechosa y feliz para todos, este vivir seriamente de la fe (identificado nuestro corazón con los bienes que el Señor propone, y no con los que a nosotros se nos antoja preferir) hará que, en las relaciones humanas, el amor que debe guiarlas e impulsarlas sea un amor más generoso, superador de las mezquindades del egoísmo, un amor a la medida de esa esperanza, a la medida de la vocación de los cristianos. En una palabra, queridos hermanos, si alguna vez notamos en el interior de nosotros mismos desgana, frialdad, rutina, tenemos que alarmarnos, prescindir de todas las demás preocupaciones y pedirle al Señor, por intercesión de la Madre: “*danos de nuevo apetito, devuélvenos el gusto del Evangelio, que es el gusto de estar contigo y con tu obra salvadora. Danos el entusiasmo primordial de ser cristianos*”. Busquemos primero el Reino de Dios, y lo demás vendrá eficazmente *por añadidura* (cf. Mt 6, 33-34)» (pp. 165-166).

El libro concluye con la frase: «Que el Señor nos ilumine, para que seamos felices y ayudemos a serlo a nuestros hermanos».

P. Lic Higinio Rosolen I.V.E.  
Roma (Italia)

JOHN HENRY NEWMAN

### ***La Iglesia de los Padres***

Ed. Ágape, Bs. As. 2010, 299 pp.

El pasado 19 de septiembre Benedicto XVI beatificaba al cardenal inglés John Henry Newman, y allí decía: «El lema del Cardenal Newman, *cor ad cor loquitur*, “el corazón habla al corazón”, nos da la perspectiva de su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como el deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios».

Motivados por este acontecimiento es que presentamos esta nueva edición del libro del beato inglés, *La Iglesia de los Padres*, una recolección de semblanzas sobre la vida y obra de algunos padres de la iglesia primitiva que Newman escribe entre 1835 y 1839, siendo todavía anglicano. Ya convertido cambia la visión, y el énfasis lo enfoca más en mostrar la diferencia entre la iglesia primitiva y la anglicana.

Newman nació el 21 de febrero de 1801 en Londres y murió el 11 de agosto de 1890 en Birmingham, Inglaterra. Llegó a ser una de las figuras más importantes de la iglesia anglicana. La lectura de los padres de la iglesia lo fue llevando poco a poco a la verdad, durante el tiempo que perteneció al Movimiento de Oxford, el cual trataba de demostrar que la Iglesia de Inglaterra era la descendiente directa de la Iglesia de los Apóstoles. Esto le llevó más tarde a reconsiderar la relación de la Igle-

sia de Inglaterra con la Iglesia Católica Romana. Se convirtió al catolicismo, siendo ordenado sacerdote católico en junio de 1847. En 1889 a los 88 años de edad, fue nombrado por León XIII cardenal de la Iglesia Católica. En 1991 fue declarado Venerable y el 3 de junio de 2009 la Santa Sede promulgó el decreto que le atribuye un milagro.

Sus obras son de gran riqueza para toda la Iglesia, entre estas encontramos: *Vía Media, Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana, Apología Pro Vita Sua*, e innumerables sermones y meditaciones.

El hilo conductor de la vida del cardenal inglés es una intensa búsqueda de la verdad: «mi deseo ha sido el tener a la verdad como la amiga más querida, y ningún enemigo, salvo el error» (pról., p. 16). Sus guías hacia la verdad fueron los Padres: «los Padres me hicieron católico» (ídem). Los Padres de la Iglesia acompañaron toda la vida de Newman, incluso como sacerdote anglicano.

La intención del autor es, ante todo presentar la figura de los Padres y mostrar cómo la iglesia primitiva (de los Padres) es la Iglesia católica, como escribe en 1844, durante su conversión, en *Desarrollo de la doctrina cristiana*: «de todos los sistemas actuales, la iglesia romana de hoy es la que más se acerca a la de los Padres...resucitada a San Atanasio o a San Antonio, y sabed bien a que comunión irán derecho...esos Padres se encontrarían en su hogar en la casa de San Bernardo o San Ignacio de Loyola, en la vivienda de un cura párroco de una aldea perdida, o en un convento

de caridad, o en medio de una muchedumbre ignorante que ora ante el altar. Entre éstos y los doctores o los miembros de cualquier otra iglesia, no dudarían ni un solo instante» (p. 15).

Estudiando los Padres, y esto es lo que quiere expresar en el libro, ve cómo las herejías que tienen que combatir ellos son los errores del protestantismo. Por ejemplo, estudiando a San Atanasio y los arrianos escribe: «vi con toda claridad que en la historia del arrianismo, los arrianos puros eran los protestantes, los semi-arrianos eran anglicanos y Roma estaba ahora donde había estado entonces. Roma aparecía con la nota de catolicidad y permanecía en la verdad». Con los Padres, Newman se enfrentaba a la verdad: los Padres de la Iglesia primitiva le hablaban de catolicidad, nota que la iglesia anglicana no podía exhibir y Roma sí.

Estas semblanzas son principalmente históricas, pero también tienen un carácter «polémico» al estar dirigidas contra ideas y opiniones protestantes.

La tesis que recorre toda esta obra es mostrar cómo la Iglesia Católica progresa en medio de contramarchas y persecuciones. «La iglesia es siempre militante... nuestras aflicciones son nuestras consolaciones; perdemos a Esteban para ganar a Pablo, y Matías reemplaza al traidor Judas» (intro., p. 31). Así fue en cada época de la historia eclesástica y así lo fue en el siglo IV, siglo en el que se detiene el Cardenal, «siglo lleno de incidentes», pero que la Providencia supo proveer de grandes hombres.

El libro cuenta con diez capítulos. Los primeros cuatro capítulos los dedica a San Basilio y su amigo Gregorio de Nacianzo. Dos grandes obispos que restauraron la fe cristiana en lugares donde ésta se había visto largamente oscurecida por el furor arriano. «Uno tuvo que enfrentar a un soberano arriano; el otro a una población arriana; y los dos triunfaron, uno en su propio campo de batalla, el otro con el sacrificio de su vida». En estos capítulos el lector puede gozar de la lectura de las correspondencias de cartas escritas entre ambos amigos.

Los capítulos cinco y seis los ocupa San Antonio, el primer monje, primer fundador del sistema monástico. Aquí Newman señala que San Antonio Abad hubiese sido calificado de «fanático antisocial» de haber nacido en el siglo XIX inglés. Y deja claro que el monaquismo no es contrario a las costumbres de la Iglesia de los Padres, como erróneamente podría entenderlo un protestante.

También (cap. VI) presenta el carácter y la personalidad del santo basándose en la vida escrita por San Atanasio. «Su ejemplo fue como un fuego encendido en la cristiandad *al que muchas aguas no pudieron apagar*» (cap. VI, p. 196).

San Agustín es el personaje principal de los capítulos siete y ocho. En el capítulo siete presenta la lucha de San Agustín, obispo de Hipona, contra los vándalos, de credo arriano y costumbres bárbaras. Y en el capítulo ocho algunos aspectos de su conversión.

Luego, en el capítulo nueve, presenta un ejemplo de vida entregada a Dios en la virginidad, para responder a quienes atacan la vida célibe. Es el ejemplo de Demetrias. San Jerónimo le escribe una carta, o pequeño tratado, para reafirmarla en su determinación de consagrarse a Dios. En él encontramos consejos valiosísimos como el amor a las sagradas escrituras y la práctica de la virtud de la obediencia como característica de la esposa de Cristo, etc.

El último capítulo está destinado a San Martín, obispo de Tours. Newman toma de los escritos de Sulpicio Severo, discípulo y testigo ocular del santo. Basándose en esta fuente auténtica presenta al lector un ligero esbozo de la historia del santo. Destaca, además de su fervoroso espíritu, la marcada influencia que tuvo en la evangelización de la Galia.

Benedicto XVI afirmaba en la homilía de beatificación que las intuiciones de Newman «hoy también siguen inspirando e iluminando a muchos en todo el mundo». Este libro es un claro ejemplo de estas palabras del Papa.

Desde el punto de vista histórico, es de mucho valor. Recorre momentos del s. IV como el mismo dice «viajando como el sol, de este a oeste: comenzando con Grecia y Asia Menor, y visitando luego, sucesivamente, Egipto, África, España y Galia, llegando así al final» (intro., p. 32).

Además presenta claramente la figura de estos santos como grandes defensores de la fe frente a las herejías.

Al ser semblanzas de los santos, este libro es de provecho espiritual, ya que son presentados como modelos a seguir para todo cristiano.

Por supuesto, como es también la intención del autor, es una apología de la fe contra los anglicanos.

Su santidad, el Papa Benedicto XVI, nos dice que: «Newman nos enseña que si hemos aceptado la verdad de Cristo y nos hemos comprometido con Él, no puede haber separación entre lo que creemos y lo que vivimos. Todos y cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras, han de buscar la gloria de Dios y la extensión de su Reino».

El nuevo beato nos ha dejado en herencia tres grandes amores: a la verdad, a la Sagrada Escritura y a los Padres de la Iglesia.

*P. José Gabriel Vicchi I.V.E.  
San Rafael (Argentina)*

P. FRANCISCO JAVIER ASTABURUAGA OSSA

***La persona humana y su dignidad.  
El concepto de persona, la píldora del día después y el fallo del tribunal constitucional***

Centro de estudios cultura cristiana.  
Julio 2009. 145 pp.

Con esta obra el autor nos da una acertada respuesta para defender los derechos del hombre desde su concepción hasta su muerte natural, que justamente giran en torno al concepto de persona y por tanto de la dignidad que esta conlleva.

Para este fin en el primer capítulo expone la importancia del concepto de persona desde el punto de vista filosófico como fundamento objetivo de la bioética y del bioderecho, sin la cual se da una bioética convencional y pragmática prescindiendo de la naturaleza humana y su dignidad. De ahí que le dedique una extensa parte de su obra para mostrar su naturaleza racional y espiritual.

Por eso no es vano que demuestre en todos los momentos y en cada fase del desarrollo de la vida biológica del organismo humano la expresión de la vida personal.

Una vez expuesto la racionalidad y espiritualidad de la naturaleza humana, en el segundo capítulo expone cómo el estado, como núcleo de la sociedad de los hombres, debe legislar y custodiar los derechos fundamentales que brotan de la naturaleza misma del hom-

bre. Aunque, si bien el respeto de la dignidad de la persona humana es una obligación para cada hombre, lo es de manera especialísima para el estado en el cumplimiento de su función en bien de la familia, célula primera, y del bien común de toda la sociedad.

Por lo cual el estado no puede prescindir de lo que está impuesto en la naturaleza propia (y de este modo el mismo está determinado por una ley -la escrita en la naturaleza-) para la legislación de la sociedad.

Muestra además cómo la ignorancia y el descuido de estos derechos desprestigia al estado en su rol fundamental y por consiguiente también señala la decadencia de la sociedad. Por eso es necesario que el estado emita una norma jurídica vinculante para hacer efectiva la defensa práctica de los derechos de la persona. Y de modo particular del *nasciturus*, como lo ha hecho el magisterio de la Iglesia siguiendo el evangelio.

Habiendo ya demostrado la dignidad de la persona en el tercer capítulo explica como el aborto es una violación de sus derechos y de modo particular de una persona incapaz de defenderse, por lo cual lo hace mucho más grave. Además también expone el rol que la técnica biomédica cumple en la reproducción humana asistida. Pues este avance provoca resultados que no son indiferentes a la persona humana y su dignidad. Dice el autor: «Todo esto ha causado que el derecho a la vida del *nasciturus* sea “desconocido” en determinados sistemas jurídicos como fruto

de una visión doctrinal y antropológica que no le reconoce su carácter de persona humana. Y por lo tanto de ser sujeto de derechos desde su concepción, respetando así su dignidad humana más fundamental como lo ha sentenciado el Tribunal Constitucional fundamentalmente en su fallo de reciente publicación contra la píldora del día después y ratificado por el dictamen de la Contraloría General de la República del 16 de junio de 2009» (pág.142).

También de lo dicho en el capítulo segundo expone como se sigue la obligación por parte de toda la sociedad en sus diferentes estados y ámbitos de trabajar por la cultura de la vida. «Por lo tanto el derecho a la vida del niño que está por nacer requiere de una especial protección jurídica para salvaguardar un derecho humano esencial. Sin embargo, la legislación abortista, fruto de una mentalidad materialista y positivista, impide la realización y concreción de innumerables declaraciones a favor de los derechos del hombre. Y atenta contra un derecho natural que debería estar protegido por la ley civil. Por esta razón es la entera comunidad nacional e internacional la que está llamada a construir una cultura de la vida a través de la disposiciones legales respetuosas del derecho a nacer» (pág.142), y más adelante: «La vida humana es un don de Dios. El respeto del derecho a la vida del niño que está por nacer es un acto de justicia de frente a un ser absolutamente indefenso. Y, como tal, la construcción de una sociedad más justa y verdadera requiere, precisamente, del

reconocimiento jurídico de este don sagrado a la vida. En otras palabras, la razón, en virtud de la ley natural, impresa en el corazón del hombre como expresión y manifestación de la ley eterna, es capaz de comprender que todo hombre está llamado a hacer el bien y evitar el mal» (pág.142).

Finalmente muestra como en Chile la Constitución del 1980 según el art. 19, N° 1 no hace distinción alguna y manda al legislador proteger la vida del que está por nacer, que no es otra cosa que reconocerlo como persona y por lo tanto sujeto de derecho desde su concepción. «Por lo tanto un tribunal constitucional o Superior de Justicia no podrá emitir una sentencia contraria a la norma constitucional a favor de la vida de un *nasciturus* (...) y tampoco la aprobación de una norma a favor del aborto, porque estaría violando aquellos derechos esenciales, fundamentales e inalienables de la persona humana que, siendo originarios, son anteriores al estado» (pág.143).

Para concluir señala: «siendo el *nasciturus* un verdadero sujeto de derechos, en el respeto y defensa de su derecho a la vida radica uno de los elementos estructurales más esenciales de la construcción de la sociedad y de la paz mundial. Así tenemos la esperanza de que los actuales y futuros instrumentos jurídicos, respetuosos de la vida humana naciente, permitan salvar la vida de millones de seres inocentes y que los espectadores impávidos del presente formarán, en el futuro, una causa común a favor del niño que está por na-

cer en la defensa del derecho humano esencial: su derecho fundamental a la vida» (pág. 144).

Por eso creemos que su obra es de destacada importancia porque en nuestros días la cultura antinatural y de la muerte no da tregua en su ataque contra la familia y contra la cultura de la vida. La labor que dicho padre está realizando con esta publicación es un gran ejemplo para nosotros y nos debe alentar a comprometernos cada vez más en la defensa de la vida, que es el don más grande que Dios nos puede dar.

*Sem. Tito Antonio Paredes I.V.E.*